



*Discurso de
Camilo Escalona Medina
con motivo de la
Asunción de la Nueva
Dirección Nacional del
Partido Socialista de Chile*

ENERO 1996

EDIFICIO EX CONGRESO NACIONAL

Compañeros y compañeras:

Hemos decidido iniciar el mandato de este Comité Central realizando la presencia y rindiendo el justo homenaje institucional del socialismo chileno, a una de las grandes figuras de nuestra historia, a un precursor decisivo de lo que somos, el compañero Raúl Ampuero.

Dirigente y militante socialista durante cerca de 60 años.

Secretario General de la Juventud Socialista y del Partido Socialista, Senador de la República, tenaz organizador, lúcido e incisivo estratega, teórico prominente, brillante parlamentario, nos dejó su huella imborrable contribuyendo a situar al Partido Socialista como un actor esencial de la política nacional, como un pujante actor popular con una vocación democrática fundamental y con una aspiración de cambio que fue reconocida por el pueblo de Chile en innumerables gestas electorales.

Reciba querido compañero Raúl Ampuero, nuestro homenaje a su infatigable labor, a su consecuencia, a su dignidad y estatura política y moral.

Estimados compañeros y compañeras:

La atención que suscita esta sesión solemne de instalación del Comité Central de nuestro Partido que surgiera de las elecciones internas del pasado 10 de Diciembre, confirma nítidamente la importancia y gravitación del Partido Socialista en los acontecimientos del país.

El ejercicio de su condición de dirección política que corresponde a este Comité Central cubre un periodo altamente significativo, las elecciones municipales y parlamentarias y la etapa que antecede a las presidenciales del año 99.

Creo que no escapara a ninguno de nosotros la responsabilidad decisiva que toca a cada uno de los miembros de la nueva dirección en el cumplimiento de las grandes tareas que nos permitan acentuar el prestigio y la fuerza del Partido Socialista, extender su influencia en la sociedad civil, robustecer su rol en la Concertación y constituirse en pilar esencial de una izquierda progresista capaz de alcanzar la alternancia en el liderazgo de la Concertación.

En lo que a mí respecta, me propongo ejercer la Presidencia del Partido Socialista con una inequívoca orientación institucional, con sentido unitario e integrador. Estoy convencido que tenemos ante nosotros un desafío inédito, constituirnos en el seno de la Concertación en la izquierda progresista que a la democracia chilena le hace falta.

Para avanzar en esa dirección todos somos necesarios. Para recoger el aporte de todos y cada uno y contribuir eficazmente a los objetivos concertacionistas estoy dispuesto incluso a retirar términos formulados en la polémica de los últimos días que hayan sido hirientes o inapropiados, con el propósito de afianzar un clima constructivo en el cual sea posible aportar lo mejor de cada cual a la empresa colectiva que tenemos por delante.

Se trata de responder a más de 25.000 mil militantes que a lo largo de todo el país, en 274 comunas concurren a dar su voto y, a través de él, se hicieron presente en un momento muy trascendente de nuestra vida interna.

SOMOS UN PARTIDO DE IZQUIERDA.

No lo inventamos nosotros hace unos días. No debería ser sorpresa para nadie. A cualquier chileno o extranjero que se le pregunte, dirá que el Partido Socialista es un Partido de izquierda. Nació y vivió; triunfó y sufrió como un Partido de izquierda.

Lo que hemos aprendido como lo aprendieron muchos otros socialistas en otros tiempos, algunos muy incomprendidos como en su momento lo fue Salvador Allende, es que ser de izquierda es denunciar la injusticia y hacer simultáneamente todo lo posible por eliminar esa injusticia; ser de izquierda es denunciar la desigualdad y hacer al mismo tiempo todo lo posible por establecer la equidad; ser de izquierda es crear las condiciones para la reproducción sostenida del humanismo, la libertad y la dignidad del ser humano; ser de izquierda significa afianzar la democracia para hacer posible el cambio social.

Queremos ser aún más directos; ser de izquierda no significa rendir culto al Estado ni adorar como nuevo fetiche al mercado, por sobretodo, ser de izquierda significa colocar en el nudo central de nuestra acción al hombre, la realización plena de la persona humana.

Por todo ello, cabe la pregunta:

Cuál es hoy, la disyuntiva de los socialistas?. Dónde se sitúa el punto central de nuestro desafío?.

En mi concepto, el desafío radica en la proyección estratégica del Partido Socialista como la izquierda progresista del nuevo escenario nacional. La tarea es, por tanto, unir la estabilidad con el cambio; la bonanza económica con la superación de la pobreza.

El Partido Socialista debe ser el promotor y dinamizador de los cambios pendientes, el convocante de las mayorías atentas, pero alejadas de la participación ciudadana, para superar el agudo contraste existente entre riqueza y pobreza en el Chile de hoy, cuya prolongación y, peor aún, ensanchamiento en el tiempo no conduce a una sociedad sólidamente democrática.

El Partido Socialista, debe abocarse, a la extensión de la democracia política a todos los ámbitos de la vida del país; al campo de la economía y la cultura y al conjunto de la vida social.

Digo esto, porque se ha abusado ya demasiado, equivocadamente y en ocasiones de manera tendenciosa, con la idea que el dilema del socialismo chileno es ortodoxia o renovación.

Tal abuso presenta como antagónico el necesario rescate de las raíces y de la memoria histórica del Partido con la ineludible necesidad de proyectar creadoramente su mirada y su propuesta política hacia el futuro democrático de Chile.

No tenemos animosidad personal hacia quienes cerca de nosotros en la coalición de Gobierno, se han asociado con las imágenes creadas por la dictadura en muchos años, distorsionando lo que somos y nuestros propósitos estratégicos, pero si exigimos rigor intelectual y un mínimo de objetividad y consistencia. De lo contrario, no seremos nosotros quienes se llenarán de descrédito.

Frente a los falsos encasillamientos sostengo que el problema fundamental de la izquierda progresista es la creación de un marco político-programático, de una visión y de un proyecto de país, que convertido en fuerza social a través del respaldo de una amplia mayoría nacional, permita a la sociedad chilena encaminar el nuevo escenario del capitalismo globalizado pero excluyente, tecnocrático y autoritario, hacia la configuración de una sociedad solidaria e integradora, avanzada en lo cultural y genuinamente democrática.

Tal es el dilema. No nos engañemos ni se engañen nuestros detractores.

El tipo de desarrollo prevaleciente en el país, acentúa una modernidad sesgada y verticalista, tremendamente concentradora de la riqueza, inequitativa, depredadora y oligárquica. Es claro que el país creció, que el manejo macroeconómico ha sido eficiente y que los niveles de inversión y desempleo, entre otras variables, son envidiadas por muchos gobiernos. Precisamente, por lo mismo, por el volumen del éxito económico que Chile ostenta, es que se hace más inaceptable la enorme brecha que separa a ricos y pobres.

Algo no funciona bien y a pesar que algunos levantan una caricatura contra nosotros, no podemos callar por ejemplo, ante un hecho tan injusto como que el arancel de ingreso a la universidad más grande del Estado va a costar tanto como la totalidad del ingreso de una familia estadísticamente situada en el límite superior de la pobreza.

Me pregunto, como podemos llegar a tener más médicos y científicos indispensables para la llamada modernidad, si pagar una matrícula de universidad va a costar más de dos salarios mínimos.

Cómo se puede convocar a la juventud chilena a incorporarse al proceso democrático en estas condiciones?.

Ante tal realidad el falso dilema entre ortodoxia o renovación suena a trampa, a argumento falso, a excusa, a cínica impotencia convertida en complacencia hacia los bochornosos contrastes sociales existentes en nuestra sociedad.

Este fenómeno da cuenta de la inmensa tarea y obligación para el pensamiento político-programático de una izquierda progresista. La sociedad no desea solo metas tecnocráticas, también aspira a opciones humanistas, pues en última instancia esta el rol y la función de la persona, del hombre en la sociedad.

En Chile el 40 % más pobre recibe el 13,1 % del ingreso; y el 10 % más rico se queda con el 41% de ese ingreso.

Más aún, el 70% de los chilenos recibe poco más del 30 % del ingreso mientras ese 10 % más rico se queda con el 41%.

En México el 10 % más rico se queda con el 34,8 % , en Argentina con el 31%, en Venezuela con el 28,1 %, en Costa Rica con el 26,9 %, en Uruguay con el 25,9 %, sólo en Brasil y Bolivia la distribución del ingreso es tan regresiva como en Chile.

Los grados de desigualdad que tiene Chile no son los de un país que se pueda proclamar como moderno. Por eso aspiramos a una profunda y efectiva reforma y modernización del Estado, proceso que lo robustezca en todo aquello que signifique velar y desarrollar el interés nacional y permita avanzar con una distribución más equitativa del Producto Nacional.

Tratemos estos problemas económicos-sociales. Hagamos la agenda social de 1996. Busquemos un gran acuerdo nacional para aminorar la desigualdad en Chile y modernizar al país con sentido social. Forjemos las condiciones para que en el siglo XXI, haya de verdad igualdad de oportunidades en Chile y ningún chileno se muera de hambre.

Hoy volvemos a repetir lo que es obvio:

Los socialistas no estamos en política sólo para modernizar, sino para modernizar con equidad;

Los socialistas no estamos en política para mantener ni menos acentuar las desigualdades económicas, sino para aminorarlas, para forjar una

sociedad solidaria, para alcanzar un desarrollo y una modernidad tal que todos tengamos las mismas oportunidades para crecer como seres humanos.

Frente a quienes nos indican como enemigos del empresariado queremos ser muy claros:

En medio del mundo moderno, nosotros estamos por la convivencia fructífera entre un Estado regulador capaz de pensar estratégicamente el futuro de la nación y una sociedad civil en que se desarrolla la empresa privada y pública.

Lo que queremos es que la economía coincida con la democracia. Que haya desarrollo, por cierto, pero que quien mande en el país sea el gobierno. Los empresarios influyen decisivamente en el crecimiento pero no pueden ordenar a su voluntad el desarrollo del país. En eso coincidimos con el Ministro Aninat en su polémica con Pedro Lizana.

Y concordamos con personalidades como don Patricio Aylwin en la necesidad de poner por sobre el interés del empresario y del Estado el interés del bien común.

Queremos el desarrollo de empresas modernas, con modernas relaciones entre ellas y el Estado y con modernas relaciones en su interior, entre los propietarios y los trabajadores. No nos da lo mismo que éstos se encuentren en la situación de inorganicidad y desamparo en que hoy se encuentran.

Somos socialistas. Queremos una empresa que respete el trabajo como la función social más noble y que lo retribuya con criterios de equidad. Queremos que la sociedad reinstale la valoración del trabajo humano como una cuestión ética esencial, capaz de primar sobre el afán de lucro exacerbado. Vamos a estar en favor de los trabajadores, de su organización, de su unidad, de su capacitación, de la igualdad de oportunidades, de mejores salarios, de mayor productividad, de una mayor seguridad, una mejor atención de salud y una buena previsión.

Los empresarios que respeten a sus trabajadores y los derechos sindicales no tienen nada que temer de los socialistas.

Los empresarios que busquen expandir sus inversiones aportando capital, tecnología y experiencia, respetando el medio ambiente y la dignidad de los trabajadores, pueden contar con el apoyo de los socialistas.

Por ello, reiteramos nuestra pública interpelación al empresariado con el objeto que levante el veto que ha sustentado hasta la fecha, en relación al proyecto de reformas laborales actualmente en debate en el Parlamento.

Compañeros y compañeras:

Todos nosotros concebimos la democracia como el mejor sistema de convivencia. Ninguno de nosotros quiere imponer su verdad y transformarla, con el instrumento del poder, en la verdad oficial de la sociedad. Dejamos de aceptar dogmas y de poseer doctrinas excluyentes o partidos guías. Nuestra concepción de la política ha cambiado profundamente.

Además, ya nos hemos hecho una profunda autocrítica por los errores de la Unidad Popular. Hemos cambiado nuestra política de alianzas y hemos creado un amplio bloque de izquierda, centro y centro izquierda. Hemos valorado el rol que juegan todas las fuerzas democráticas. Hemos buscado los acuerdos por sobre la confrontación.

Nosotros triunfamos con la Concertación en el plebiscito, y en las elecciones de Aylwin y de Frei. Nosotros valoramos profundamente las reformas y los cambios producidos en favor del pueblo y de los sectores excluidos.

Los atributos democráticos del socialismo chileno lo han constituido en un sólido e incuestionable interlocutor del mundo popular y han situado la idea socialista como la base esencial de una izquierda progresista que mire al siglo XXI y abra camino a una sociedad más justa y más humana.

Por todo ello, la disyuntiva del socialismo dejó de ser ortodoxia o renovación.

Este fue el año en que, a través de sus elecciones democráticas internas, el Partido Socialista respaldó firmemente su política concertacionista y su firme postura en defensa de la verdad y de la justicia en materia de derechos humanos, confirmándose el trabajo institucionalizador del Partido, así como, la política y el perfil de izquierda que debe ineludiblemente cumplir y proyectar.

El gran triunfador de estas elecciones socialistas ha sido el Partido. Ha habido un debate interno y una pluralidad de sensibilidades y candidatos; una votación importante; un recuento limpio y la continuidad de una institucionalidad partidaria cada día más fuerte.

Pasó el tiempo en que el Partido se dividía después de un resultado político. Ya no hay en Chile más que un solo Partido Socialista; eso es lo que quieren nuestros militantes; eso es lo que quiere el país y eso es lo que requiere el futuro.

Todos hemos llegado a la conclusión que en el Partido Socialista no sobra ningún socialista.

Hemos sido capaces, en apenas cinco años de integrarnos todos los socialistas, marxistas, cristianos, laicos, en una sola fuerza, sin duda la de más alta capacidad de dirección del mundo progresista chileno. Los socialistas estamos orgullosos de nuestros dirigentes sindicales y universitarios; de nuestras dirigentas mujeres; de nuestros intelectuales y artistas; de nuestros economistas; de quienes han aportado con brillo al triunfo democrático y al desarrollo del gobierno y del país en estos cinco años.

En el Partido Socialista se agrupan personas con o sin empleo, dueñas de casas y artistas prominentes; técnicos de alta calificación y trabajadores de la tierra; hombres de la tercera edad que nos nutren con su experiencia y jóvenes que nos empujan al cambio; profesionales y obreros, escritores y poetas; mineros y educadores, gente con dinero y personas que sufren la marginalidad y la pobreza. Todos unidos en una abigarrada multitud que se propone consolidar la democracia con justicia social.

El Partido Socialista posee los recursos humanos que ya quisiera cualquier partido. La tarea es potenciar esta fuerza con una labor política que sea fecunda y constructiva.

El fortalecimiento del socialismo chileno es importante para todas las fuerzas positivas del país.

Para el gobierno, porque tiene un poderoso partido de izquierda en el seno de la coalición que lo sustenta:

Para la Concertación, porque se reafirman los fundamentos sociales que le dieron origen: se mantiene y proyecta la gran alianza del centro con la izquierda donde cada partido tiene su rol de crecimiento y de dirección que cumplir.

La Concertación ha producido grandes cambios históricos precisamente porque es la unidad de lo que estaba dividido, es decir, del centro con la izquierda. Así seremos eficaces todos, grande la Concertación y mejor el destino de Chile.

Debe entenderse que, precisamente, las alianzas son entre fuerzas políticas distintas y no entre iguales y que sin Partido Socialista no hay Concertación.

Debe entenderse que si fuéramos igual al PPD renunciaríamos no sólo a nuestros orígenes sino que a conducir a la izquierda chilena, que gravita más allá del 25 % de la sociedad y puede pasar del tercio.

Nuestra renovación viene de muy antiguo y ha sido siempre bienvenida.

Quienes nos fundaron plantearon para Chile un socialismo democrático y autónomo cuando en el movimiento obrero internacional primaba la idea de la dictadura del proletariado y de un partido mundial con un centro único radicado en la Tercera Internacional.

Salvador Allende, el primero entre todos nosotros, fue el precursor latinoamericano de las ideas del socialismo en democracia, del cambio institucional, de la combinación entre la lucha social y el principio de legalidad, básico para el desarrollo de un Estado de Derecho. Lo que nos caracteriza es nuestra fe en el humanismo, en el progreso, en la solidaridad, en la justicia y en la libertad.

Nos fundamos en el pasado pero luchamos por el futuro. Queremos una sociedad nueva.

El hecho de respetar nuestra historia y nuestros símbolos no significa que nos quedemos en el pasado ni mirando hacia atrás como estatuas de sal. Significa que tenemos genes, que tenemos herencias, que tenemos memoria, que tenemos sangre, que tenemos pasión y emoción. Somos una original combinación de tradición, historia y renovación. Por ello, muchos se incomodan con un Partido de tales virtudes.

Nuestra hacha y nuestra América Latina no es más antigua ni más roja que la flecha roja de la Democracia Cristiana. Ambas nacieron con el mismo color y en la década de los 30. Si se han conservado 60 años es

porque significan mucho esfuerzo, sacrificio humano y social aquel que sostiene los grandes proyectos históricos del ser humano.

A los socialistas nos gusta la libertad pero no nos gusta la explotación y la injusticia. Valoramos que Contreras y los degolladores estén en la cárcel pero sabemos que es malo para Chile que Pinochet mantenga el poder que tiene y que en materia de derechos humanos no sea posible avanzar en más verdad y más justicia.

Los socialistas queremos una sana relación entre la sociedad civil y las FFAA. Por ello trabajamos para fortalecer las autoridades democráticamente electas y que no hayan poderes fácticos impropios de una sociedad moderna. Asimismo, asumimos la responsabilidad de advertir al país que sin Estado no hay FFAA y que el neoliberalismo jibariza la función pública al extremo de poner en riesgo el bien común. Esto significa que no es el socialismo el enemigo de las FFAA.

Estamos contentos de haber logrado el fin de la dictadura pero estamos preocupados porque la distribución del ingreso es desigual e injusta.

Eso es lo fundamental que debemos afirmar para trabajar con los pies bien puestos sobre la tierra: Chile vive en medio de una nueva fase de desarrollo del capitalismo, y la tarea de todos nosotros es evitar la tentación de administrar el poder sin perturbar el exitismo de los más beneficiados y luchar por transformar la sociedad todo lo que sea posible, en bien de la mayoría y de los excluidos.

A ello nos impulsa nuestra historia, nuestra vocación, y la figura inmortal del Presidente Allende.

Queremos un desarrollo económico que beneficie a las mayorías.

Queremos democratizar las instituciones y que termine el militarismo.

Queremos un Estado moderno e integrador capaz de representar sin excepciones los intereses de la nación y del pueblo.

Queremos una sociedad que diga la verdad y que llame a las cosas por su nombre, porque la verdad sana a los pueblos que por el peso negro de la tiranía tienen aún el alma herida.

No nos abatió la dictadura tampoco nos derrotaran las caricaturas interesadas de hoy.

Para ello aspiramos ser un partido abierto a la gente y a los ciudadanos. Un Partido que busca propuestas para los grandes problemas del país y para los concretos problemas de las personas. Un Partido que no confunde modernizar con privatizar.

Un Partido que apoya lealmente al gobierno y al Presidente de la República, electo para dirigir el país con el Programa de la Concertación, sin renunciar a establecer la personalidad propia del socialismo, que es parte vital de la Concertación, y a defender los principios fundacionales y esenciales a nuestro ser partidario sin los cuales no tendríamos razón de ser.

Un Partido solidario, consigo mismo, con todos los demócratas, con todas las causas nobles de la humanidad. Un partido que busca crecer aún más en las universidades, un Partido que busca crecer más entre los trabajadores y entre los pobladores, un Partido para la cultura en libertad, un Partido para un desarrollo que respete la naturaleza y que no la liquida, un Partido que signifique una esperanza para los sectores que más sufren, para la mujer del pueblo, para los niños desprotegidos de la calle y para la infancia que será luego el futuro. Queremos un partido capaz de utilizar todos los avances de la modernidad sin renunciar a sus símbolos históricos.

No sólo nuestra historia partidaria esta llena de ideas nuevas, también el presente y también el futuro están llenos de ideas nuevas para seguir avanzando, sin límites, en el viejo sueño de que el hombre deje de ser lobo del hombre y se convierta en su hermano.

Santiago, 10 de Enero de 1996